

Refugiados

Cientos de miles. No sé exactamente cuantos (aunque aunque sólo fuese uno, serían demasiados), están siendo viles y cruelmente atropellados, avasallados vejados, expoliados, asesinados, masacrados. Y cuando menos, obligados a huir de sus hogares como refugiados sin más pertenencias que mucha desorientación, hambre y miedo. Privados, no sólo de todos sus derechos humanos, sino aún, de todo cuanto consideramos necesario para mantener la dignidad humana.

Sudáfrica, Malasia, Albania, Kosovo,... En multitud de lugares de nuestro “hermoso” mundo están sucediendo todas estas atrocidades que contamos y muchísimas más que no solemos contar.

Las imágenes televisivas son cada vez más crudas y reales: personas asesinadas en plena calle, a la luz del día, sin ningún pudor ni temor. Cabezas cortadas, cuerpos mutilados (aún de inocentes niños) por haber cometido la terrible maldad de haber nacido en una etnia distinta a la de su asesino.

*Los occidentales medios somos una etnia humana que cada vez tenemos menos de eso (de humanos). Nos hemos convertido en meros espectadores (no ya sólo de tv. O cine, pantallas de ordenadores interconectados, o de cualquier otro medio de comunicación); da igual si dedicamos nuestro tiempo a leer buenos libros como si oímos buena música o acudimos a grandes espectáculos o nos dedicamos a hacer deportes de elite. ¿Acaso alguna de estas “cultas” tareas nos libra de ser **espectadores** de la terrible película, terroríficamente real que estamos viviendo todos?*

Hemos sido inoculados con la peor de las vacunas: El egoísmo humano. Y ¿Cómo sucedió? Poco a poco nos han ido acostumbrando a ver y oír sufrir al prójimo con imágenes de guerras, atentados terroristas, diversas masacres, desastres, y mil cosas más que han ido endureciendo nuestro corazón y nuestra “conciencia” sin que ello nos importe lo más mínimo. Quizás como mecanismo de autodefensa para amortiguar el dolor que nos podrían provocar al principio. O tal vez para huir de la responsabilidad que tenemos como seres humanos de “actuar” aunque sólo sea manifestando nuestra repulsa ante tanta injusticia “humana”.

De una u otra manera. Por una u otra causa, el occidental no quiere ser protagonista, prefiere ser espectador. Porque el ser protagonista supone comprometerse (no con dar mil duros al mes para adoptar a un niño –que ni tan siquiera deseamos conocer, para no encariñarnos, como sí de un animal se tratara- para acallar nuestras encallecidas conciencias; Tampoco se trata de dar los trapos viejos que nos sobran en los armarios a cualquier O.N.G. como si realmente estuviésemos realizando un esfuerzo; Ni tan siquiera ofrecer nuestros míseros donativos a estas organizaciones, ya mencionadas). No, el ser protagonistas requiere un compromiso mayor. Demanda una profunda “acción” (cosa que no tiene que hacer un espectador) de nuestras vidas. Necesitamos un cambio –no político- sino de esquema mental, que trastoque todas nuestras escalas de valores. Que las ponga en el orden correcto.

Además, dejar de ser espectadores y convertirse en protagonistas reclama un acto de amor.

Permítanme explicarle lo que esta palabra significa ya que poetas, filósofos y otros hijos de vecinos nos han querido hacer creer aquello tan “bonito” y a la vez tan necio, de que “el amor no se puede expresar con palabras”.

El apóstol Pablo expresa en palabras meridianamente claras lo que es el amor en su carta (1ª Corintios 13:4-8). Palabras que podríamos resumir diciendo que el amor es entrega incondicional. Es hacer bien a aquellos a quienes debes amar. Y recordemos que el Maestro nos encomendó amar aún a nuestros “enemigos” (Mateo 5:43.45).

Así, pues, ser protagonistas en esta película, espantosa, implica actuar sin egoísmos. Sin preguntarse ¿qué beneficios me aporta esto?, Sino por el contrario, ¿Qué puedo hacer, cómo puedo ayudar a estas gentes que sufren, agonizan y mueren sin esperanzas, que deambulan por caminos que no saben a dónde les lleva y que en la mayoría de los casos les conducen a más de lo mismo?.

Reconozcamos, pues, que para que dejemos de ser espectadores y nos convirtamos en protagonistas debemos nacer de nuevo. Pero no se confundan, no hablo del nuevo nacimiento de Charles Marxs, sino del original, del que habla Jesucristo en el Evangelio y que Marxs mal copió.

Demasiados años de historia han dejado suficientemente claro que el mundo no mejora cambiando las circunstancias de las gentes. Es pues necesario un cambio mucho más profundo. El único nuevo nacimiento que es auténticamente posible. No un nuevo nacimiento político o social, sino espiritual que cambie el corazón del ser humano.

Sólo así podremos ser verdaderamente solidarios, cuando seamos capaces de considerar a los sufrientes como hermanos nuestros. O mejor aún, como a nosotros mismos. Entonces oraríamos con pasión por ellos. Intercederíamos ante Dios y las autoridades civiles, sin ningún reparo, por los beneficios de ellos. Nuestras ofrendas de apoyo serían abundantes, sinceras y desprovistas de egoísmos. Nuestros actos de ayuda tendrían mayores frutos, porque no llegarían sólo a los estómagos o a cualquier otra parte del cuerpo, sino que calarían más hondo, y con toda seguridad llegarían al corazón.

Aunque para ello, Dios tiene que cambiar el nuestro. Nuestros corazones de piedras por otros de carne. Sería necesario que Dios pusiera su Espíritu Santo sobre nuestras vidas sin vida. Y lo maravilloso de todo esto es que Él lo puede y quiere hacer. Pero ¿estaremos nosotros dispuestos a abandonar nuestra cómoda posición de meros espectadores para convertirnos en protagonistas?. ¿Seríamos capaces de ponernos en las manos del Alfarero Divino para que nos deshiciera y nos volviera a hacer conforme la imagen de Jesucristo?

Pr. Nicolás García